

La Sociedad Política

Inédito de Émile DURKHEIM, enviado especialmente para su publicación en la Revista Mexicana de Sociología por Raymond Lenoir y vertido del francés por Óscar Uribe Villegas.

LA familia ha nacido del conjunto de fuerzas que impulsan a conciencias que se parecen a unirse mediante vínculos duraderos, para formar las sociedades. Los Estados han nacido de la misma manera. Le ha complacido algunas veces a la imaginación popular el atribuir la fundación de ellos a alguna individualidad poderosa que, en un momento dado, habría agrupado en sus manos un cierto número de elementos más o menos dispares. Sería el caso de Rómulo, que funda Roma; de Moisés, que establece la unidad del pueblo hebreo; de Licurgo, que crea Esparta. En realidad, todas estas sociedades han sido fundadas por ellas mismas; por una aproximación lenta y continua. El papel de los grandes hombres se ha reducido a fijar y dirigir estos movimientos de concentración que ellos serían incapaces de constituir íntegramente. La formación de la nación francesa es el mejor ejemplo que puede servir para ilustrar esta proposición.

Pero ¿de dónde proceden las semejanzas que determinan estos agrupamientos? En el caso de la familia, tenían sus fuentes, en primer término, en la comunidad de origen. Ocurre lo mismo, en ciertos aspectos, por lo que se refiere a las naciones. Todo mundo sabe bien que los franceses se reconocen con facilidad de los españoles, los españoles, de los alemanes, por su solo aspecto exterior. Es que existe, por tanto, entre los habitantes de un mismo país, por lo menos en general, un cierto parentesco físico. Puede suponerse que éste se debe en parte a la acción del medio físico que, generalmente, permanece bastante semejante a sí mismo en diferentes partes de un mismo territorio. En seguida

es porque las poblaciones vecinas se mezclan, se unen por matrimonio y, de este modo, se constituye paulatinamente un tipo común, el cual se fija por la herencia y resiste, de tal modo, a las causas secundarias de variación que pueden intervenir.

En lo que precede hemos evitado la palabra "raza". Y es que, en efecto, no debe de emplearse sino con una muy grande prudencia y tras haberla definido cuidadosamente. Se entiende por ella una especie de división fundamental de la Humanidad, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, remontándose, quizá, a los orígenes de la especie. Y, cuando se hace de la raza, así entendida, la base de los agrupamientos nacionales, se admite que éstos están como predeterminados por la Naturaleza, que son algo así como independientes del desarrollo histórico. Porque, en efecto, las razas definidas en esta forma no son, en ningún grado, factores de la Historia. No quiere decir esto que el antropólogo no pueda asegurar que ha encontrado los rasgos principales de ellas. Pero esos son restos de un pasado demasiado lejano como para que puedan arrojar claridad sobre el presente. Todas las razas primitivas se han mezclado en tal forma que no tienen ya una forma nítidamente cuajada; que las características al través de las cuales son reconocibles aún, se reducen a algunas propiedades muy generales, muy indecisas, casi completamente desvanecidas y que, por consiguiente, no podrían tener la influencia que se les atribuye. Los únicos tipos colectivos verdaderamente característicos que existen son resultados de la Historia; están lejos de haberla fundado; por consiguiente, no tienen nada de inmutable y pueden ser modificados siempre por los acontecimientos humanos. Proviene de las relaciones que establecemos entre los hombres y lejos de predeterminedar estas relaciones con una especie de fatalidad pueden cambiar cuando ellas cambian.

Por otra parte, estas afinidades físicas no son sino los menores de entre los factores que han contribuido a dar nacimiento a las sociedades políticas. Mucho más importantes son las semejanzas morales, que se han establecido a consecuencia de un comercio continuo, que nada puede impedir, entre poblaciones que se tocan de cerca. A consecuencia de estas relaciones continuas se establece un intercambio; un intercambio ininterrumpido de ideas y de sentimientos, del que se desprenden poco a poco maneras comunes de pensar y de sentir: un espíritu colectivo. Múltiples especies de causas concurren a este resultado. El comercio, que es, en todo tiempo, un instrumento de difusión. La guerra, que aproxima a quienes combaten juntos y a sus adversarios mismos. Así, las guerras de la Revolución y del Imperio han tenido como efecto el de reforzar la unidad moral del país y de crear de un conquista-

dor dócil a la sociedad un emperador. Los grandes acontecimientos, las grandes crisis que sacuden con una misma emoción un gran número de conciencias, las marcan con una misma impronta y las inclinan a comunicarse entre sí. Así, por ejemplo, el movimiento comunal y, más tarde, el revolucionario, han tenido una participación tan grande en la formación de Francia, como la Guerra de Cien años o como las grandes guerras en los últimos doscientos años. Los vínculos que derivan de estas similitudes son, ciertamente, menos fáciles de percibir que los que unen entre sí a los miembros de una misma familia. La razón estriba en que, de ordinario, nos falta cualquier punto de referencia para juzgar de su intensidad. Sentimos todo lo que nos une a nuestra familia, porque experimentamos, en medio de los nuestros, sentimientos que no conocemos cuando estamos ante familias extrañas. Se establecen así comparaciones que no marcan lo que se refiere a la sociedad política. Pero esta ilusión se disipa desde el momento en que nos transportamos a otros Estados para vivir en ellos. Podemos convenir entonces en qué es todo lo que nos falta y, por consiguiente, en todo lo que es.

Pero las sociedades políticas no son solamente el producto de fuerzas ciegas; son deseables; constituyen el mayor bien que pueda y deba ser querido por seres razonables.

Y es que, en efecto, si la familia puede dar curso a las funciones mentales superiores, no podría ser, para ellas, con todo, el marco natural. No es en el pequeño círculo familiar en donde se elabora la civilización, o sea, esa intensificación siempre creciente de todas las fuerzas psicológicas del hombre. No es de la familia, ni por la familia, ni para la familia, como han sido creados la ciencia y el arte cada vez más perfeccionados, la organización económica cada vez más corporativa, cada vez más productiva. Por consiguiente, todas las facultades, todos los hábitos, todas las necesidades que el hombre ha adquirido progresivamente, todas estas fuentes diversas confluyen, desbordan el marco doméstico y lo llevan a buscar grupos más y más extendidos y a vivir en ellos. Si estos grupos no se hubieran formado espontáneamente, es muy probable que estas funciones no hubieran salido a la luz por sí mismas. Pero ellas adquieren naturalmente la posibilidad de nacer a medida que estos grupos se forman bajo la acción de las causas que hemos indicado.

Una sociedad más extendida no puede constituirse sin que la constitución psicológica de sus miembros se modifique y, una vez que esta modificación se ha realizado, tenemos necesidad de esta fuente, para expandir, para poder mantener nuestra nueva naturaleza que, a partir de ese momento, necesitará de ella. Este nuevo teatro de nuestra ac-

ción no nos es ya nuevo, porque nuestra acción ya no es la misma; en cuanto tiene más “envergadura” necesita cargarse de actos menos limitados. Es así como el hombre es llevado a buscar la realidad de su estado último en grupos más amplios que el grupo doméstico, que suscitan inclinaciones más y más vastas. Es así como el hombre que ha adquirido el gusto de las acciones intensas es llevado a buscar sociedades más y más extendidas que puedan estar en relación con sus tendencias. Esa no es, indudablemente, una razón para que busque siempre y en principio escapar a aquella en la que se encuentra para buscar una más amplia; se necesita tenerla y la misma está en proporción con la naturaleza que se tiene. Eso basta para comprender la fuente de las sociedades políticas y de sociedades políticas cada vez más vastas.

Pero la patria no es solamente la condición de una actividad más rica que aquella para la cual podría servir de teatro la familia; es también la fuente de una función superior.

La justicia que pueden realizar los grupos familiares es, en efecto, una justicia niveladora que excluye casi completamente las diferencias individuales, salvo por lo que se refiere a la edad. Por lo que se refiere a los adultos, consiste en tratarlos igualmente siempre y cuando se entreguen ellos a los mismos trabajos y siempre que se considere que todos ellos son de valor sensiblemente igual. De ahí proviene la igualdad doméstica, que no es sino una consecuencia y un signo de la igualdad de hecho que reina entre los individuos nacidos de un mismo origen, colocados en las mismas condiciones de existencia y que se consagran a las mismas ocupaciones. En cuanto están todos en el mismo nivel es casi completamente natural el que todos ellos participen de los productos de la acción común. Tal es, en efecto, el espectáculo que nos presentan los pueblos que nos hacen aún definir invenciblemente esta función. De ahí proviene su aspecto democrático. Todas las condiciones son iguales porque la materia misma de la desigualdad falta. Pero, a medida que se forman sociedades más amplias y que comprenden en su seno una pluralidad de familias; a medida que el número de estos grupos elementales va creciendo, que las relaciones entre ellos se vuelven más frecuentes y más activas, la diversidad aparece en el seno de la homogeneidad primitiva. En vez de que todos se entreguen a la misma industria, agricultura, caza y pesca, las diferencias mismas de la sociedad se reparten funciones diferentes. Estas funciones no tienen, todas, para la sociedad política, la misma importancia, pues las hay más y menos vitales; que implican cualidades más o menos raras, fatigas más o menos grandes. La naturaleza del trabajo social para alguien en particular, su valor intelectual, cambian de uno a otro. Y, a partir de entonces, la

función de la justicia se complica. Pues ¿cómo retribuir equitativamente —o sea, de acuerdo con una medida común— méritos y servicios que no son cualitativamente comparables? Por otra parte, se han producido asimismo desigualdades de hecho que han venido a superfetarse a las desigualdades naturales y que tienden, por sí mismas, si no las contenemos, a producir, consecuentemente, injusticias. Los sujetos más [...] socialmente, se encuentran, consiguientemente, más y más elevados en cuanto más apegados a sus servicios, rodeados de fuerzas a menudo más contenidas. Por tanto, muy naturalmente se sienten inclinados a abusar de su superioridad, por encima de lo que es justo. Así se forman las clases, las castas, los grupos de privilegiados. Para poner un obstáculo a todas estas desigualdades, que ponen trabas a la civilización, se necesita, por tanto, de una organización moral superior colocada por encima de la familia. Es necesario que un grupo se eleve por encima de todos los grupos familiares y que someta a todos los individuos a la ley de justicia que no les puede imponer la familia. Conforme ese grupo sea más fuerte, tendrá mayor capacidad para desempeñar esta función. Este grupo es la sociedad política, o la patria.

Pero, para comprender cómo puede alcanzarse este resultado, se necesita considerar y fraccionar el cuerpo de esta suma. Esto es el Estado. Porque esta acción concreta no puede ejercerse por la sucesión confusa de los individuos que componen este grupo más amplio. Se necesita, por tanto, que se organice. La organización es la condición necesaria para que esta influencia moderadora sea lo que debe ser. Porque el Estado es la clave de bóveda de toda la organización política.